

The background is a vibrant, painterly illustration. A woman with voluminous, flowing pink hair and a determined expression is the central figure. She wears a teal tank top and a gold chain necklace with a key pendant. A bright, white, starburst-like light emanates from her chest. In her hands, she holds a small, glowing green plant with pink flowers. The background features a cityscape with the Washington Monument and other classical buildings, all rendered in a pinkish-purple hue. The sky is a mix of pink and blue. At the bottom, there are faint silhouettes of glass bottles.

BETHANY BAPTISTE

BEBERÁN, MI
POCIÓN
Y MI
VENGANZA

Traducción de Scheherezade Surià

FANDOM BOOKS

**BEBERÁN, MI
POCIÓN
Y MI
VENGANZA**

Título original: *The Poisons We Drink*

1.ª edición: mayo de 2025

Advertencia sobre el contenido:

Este libro contiene personajes moralmente grises, relaciones complicadas entre padres e hijos, brutalidad policial, violencia y racismo en un mundo de fantasía, coacción mágica, violencia con armas de fuego, política, muerte de padres, muerte de hijos y muerte en general. Además, hay descripciones relacionadas con el trastorno de estrés posttraumático, la ansiedad y la depresión. También advertimos sobre contenido relacionado con la autolesión (como agujas para pincharse los dedos y dagas para cortarse la palma de la mano y hacer hechizos), sangre y vísceras, situaciones sexuales, drogas reales y de fantasía, consumo de alcohol por parte de menores de edad y blasfemias varias.

Por favor, ten en cuenta estos temas y factores desencadenantes.

El autocuidado es esencial si eres sensible a algo de lo anteriormente mencionado.

© Del texto: Bethany Baptiste, 2025

Publicada por acuerdo con Writers House LLC.,
todos los derechos reservados.

© De la traducción: Scheherezade Surià, 2025

© De esta edición: Fandom Books (Grupo Anaya, S. A.), 2025

C/ Valentín Beato, 21, 28037 Madrid

www.fandombooks.es

Director editorial: Pablo Cruz

Editora: Marta Álvarez

Asistente editorial: Mercedes González Grande

Ilustración de cubierta: Michael Machira Mwangi

Adaptación de cubierta: Lola Rodríguez

Detalles interiores: Istockphoto/Getty Images (Pikepicture; Rudzhan Nagiev)

ISBN: 978-84-19831-26-2

Depósito legal: M-3491-2025

Impreso en España - Printed in Spain



Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

**BEBERÁN, MI
POCIÓN
Y MI
VENGANZA**

BETHANY BAPTISTE

Traducción de Scheherezade Surià

FANDOM BOOKS

*Dedico este libro a todos mis haters.
Si he llegado hasta aquí, ha sido por despecho.*

*El resentimiento es como beber veneno
y esperar que mate a tus enemigos.*

CITA COMÚNMENTE ATRIBUIDA A
NELSON MANDELA Y OTROS.

EL ESPECTRO DEL AMOR



AGAPE

Amor incondicional



EROS

Amor carnal



LUDUS

Amor sin compromiso



MANIA

Amor obsesivo



STORGÉ

Amor familiar



PHILAUTIA

Amor propio



PHILIA

Amor entre amigos,
amor platónico



PEITHO

Amor una idea,
persuasión

PRÓLOGO

Todo ser vivo posee un talento en su interior que le permite reconocer qué lugar ocupa en la cadena trófica. Los brujos son aquello que los humanos podrían haber sido, pero, según los científicos, un eslabón perdido en la cadena evolutiva envió a las dos especies en direcciones distintas. En cualquier caso, la magia no convierte a los brujos en seres superiores a los humanos. Los humanos suplen su carencia de magia con algo incluso más peligroso: el poder.

—CANDIS JOYNER, BRUJA PERIODISTA DE *EL ESPEJO SOCIAL*

4 DE JUNIO DE 2023

No tendría que haber venido. Se detuvo nada más pasar la entrada del portal entrecerrando los ojos envejecidos tras las gruesas gafas. Incluso en la penumbra, notaba cómo todos medían y sopesaban su valor.

Brujos.

El anciano tragó saliva; el corazón le latía desbocado.

Una fila de trece bombillas colgaba del techo del bar e iluminaba a un hombre negro de piel oscura que fumaba un cigarrillo con boquilla de madera. Llevaba el pelo recogido en finas rastas con las que se había hecho dos gruesas trenzas. Un trapo blanco limpiaba la barra desgastada sin ayuda de ninguna mano.

—Esto..., buenas tardes, señor —tartamudeó el anciano.

El camarero tenía los ojos cerrados y ni siquiera movió los párpados ante aquel saludo tan patético.

—Tengo una cita con... —El anciano comprobó con la mirada que no hubiese nadie cerca con la oreja puesta y susurró—: Próspero.

El camarero se acercó el cigarrillo a los labios para darle otra calada. Dos débiles vaharadas de humo gris salieron expelidas de su nariz y se unieron en una nube. Abrió los ojos, de iris oscuros y fríos. El anciano retrocedió un poco cuando el camarero plantó ambas manos sobre la barra y se inclinó hacia él.

—¿Le parece que soy un puto recepcionista?

Clavó los dientes en la boquilla de madera. La tenue luz dorada iluminó unos brazos musculosos y una serpiente de cascabel tatuada en el antebrazo derecho.

El anciano se apresuró a sacudir la cabeza. No por la pregunta, sino porque no se podía creer que la serpiente se estuviera moviendo.

Antes de que su cerebro pudiera procesar lo que estaba viendo, el tatuaje se abalanzó hacia delante como si fuese a atacarle. Al retroceder, tropezó y se ganó una sonora carcajada del camarero.

—No seas malo, Bram —dijo una mujer indioestadounidense fingiendo decepción, apostada en un taburete cercano.

El periquito verde lima que tenía posado sobre el hombro estaba tan quieto que cualquiera lo habría confundido con un muñeco. Hasta que giró la cabeza para mirar al anciano de forma intimidante. Los ojos le brillaron y titilaron como ascuas mientras le escudriñaba; al terminar, la incandescencia se extinguió.

Un familiar.

Alzó el vuelo, cruzó el bar planeando y desapareció por un pasillo.

La mujer le lanzó una sonrisa encantadora mientras se llevaba el vaso de *whisky* a los labios; los hielos tintineaban en aquel mar confinado de licor oscuro.

—Usted no estaba... Usted no estaba aquí hace un momento —dijo el anciano, poco convencido. Sintió una punzada repentina de dolor en la cabeza por la confusión.

La mujer le guiñó un ojo mientras dejaba el vaso en la barra y acariciaba el borde con los dedos de uñas puntiagudas.

—Me encanta hacer apariciones estelares siempre que puedo —respondió—. Estoy segura de que un caballero como usted lo entiende.

—A mí no me gustan mucho las apariciones estelares —tartamudeó el anciano.

Estaba más que dispuesto a proceder a una retirada penosa, pero se dio cuenta de que ya era demasiado tarde para eso. Se había metido tanto en la boca del lobo que no era posible escabullirse como un ratoncito.

Ella se rio a su costa.

—No tiene de qué avergonzarse —le aseguró—. No le juzgaremos.

Bram mostró su desacuerdo con un resoplido.

—Yo sí.

La mujer hizo caso omiso al comentario del camarero.

—Nuestro amigo en común me ha enviado a buscarle, señor Ra...

—Ratón —balbuceó el anciano.

En ese tipo de transacciones, el nombre real de un humano tenía mucho más valor que el dinero.

—Señor Ratón, pues —dijo ella, asintiendo una vez con la cabeza.

—¿Y cómo puedo llamarla yo a usted? —preguntó dubitativo.

La mujer apuró lo que le quedaba de *whisky* y descruzó las piernas. Su vestido fruncido de seda de color ciruela se arrugó un poco cuando bajó del taburete.

—Nisha —respondió, y le llamó con un gesto del dedo—. Ahora, por favor, sígame.

El señor Ratón la siguió, concentrándose en su pelo ondulado, negro como la tinta, que le caía como una cortina por la espalda; le daba demasiado miedo cruzar la mirada con otros brujos, que no serían tan amables como la que tenía delante. No

los consideraba animales, pero estudiaban sus movimientos como depredadores.

—Buena suerte —dijo Bram—. La necesitaré.

Nisha lo llevó por un pasillo y pasaron frente a un extraño mueble empotrado: una cabina telefónica de madera.

Aquello le hizo fruncir el ceño. En una época floreciente de juventud desenfrenada y últimas tecnologías, aquella cabina estaba fuera de lugar.

Era una reliquia de otro tiempo. Igual que él.

Un antiguo testimonio de un mundo que murió cuando el nuevo milenio avanzó sus primeros pasos y los brujos se dieron a conocer a los humanos voluntariamente. La «Gran Revelación»: esa fue la expresión que acuñaron los historiadores para aquel periodo en el que la verdad sacudió los mismísimos cimientos de la sociedad.

El chirrido metálico de unas bisagras oxidadas lo devolvió al presente. La puerta se abrió y reveló el despacho del encargado, en el que había un enorme escritorio de caoba, sillones acolchados de cuero y una imponente estantería rebosante de conocimientos peligrosos.

Su acompañante rodeó la mesa y se inclinó para susurrar algo a la oreja de «su amigo en común». Este se dio la vuelta despacio. Resultó ser un hombre que debía de rozar los treinta, con el pelo verde engominado hacia atrás y la raya a un lado. Sus ojos, de color marrón rojizo, encerraban una exhausta sabiduría, como si su dueño fuese lo más antiguo del lugar.

Próspero sonrió ante la llegada del anciano.

—Señor Ratón, pase y únase a nosotros, por favor —dijo, señalando un asiento vacío frente a su escritorio—. No voy a comerle.

—Ya ha comido —bromeó Nisha, que se quedó al lado de su jefe.

El señor Ratón echó un vistazo desde la entrada antes de obedecer. Giró la cabeza sobresaltado al oír el chirrido de la puerta, que se cerró sola de repente. El hombre dio unos pasos

precavidos hacia el sillón de cuero acolchado; tenía la espalda recta y rígida como una vara de acero.

—Muy pocos humanos tienen el valor de entrar en la Moneda de Oro y pronunciar en voz alta un nombre que muchos temen. Le felicito por su valentía —dijo Próspero.

—No soy valiente —respondió el señor Ratón de inmediato—. Estoy desesperado.

Un horrible acceso de tos le subió desde los pulmones y la garganta, y lo echó todo en la sangradura del codo. Cuando se le pasó, tragó una mezcla de saliva y sangre como si fuera una pastilla amarga con sabor a cobre.

—Es posible ser ambas cosas —replicó Próspero cuando el señor Ratón recuperó el aliento—, pero entiendo que el tiempo es un factor esencial para usted y su delicado estado de salud. No obstante, antes de empezar esta consulta, doy por hecho que ha traído usted mis honorarios.

—Sí —respondió el señor Ratón medio jadeando.

Con una mano temblorosa, se sacó un sobre abultado del bolsillo de la chaqueta y lo dejó encima del escritorio.

Nisha lo abrió con una de sus afiladas uñas con un corte preciso como el de un cirujano. La melodía producida por el sonido del papel inundó el despacho al pasar los billetes de cien dólares, nuevos y aún tiesos, por una máquina contadora de dinero. Nisha esbozó una sonrisa complacida.

Próspero chasqueó los dedos y una moneda de oro sin pulir apareció en su mano. La moneda osciló al elevarse y empezar a rodar por su palma.

—Hay muchas opciones disponibles, pero todas tienen un precio...

—El dinero no es un problema —replicó el señor Ratón, y se sorprendió a sí mismo por su inesperado atrevimiento. Suavizó el tono y su postura rígida se relajó como si, de hecho, estuviera entre amigos y no entre enemigos naturales—. Tengo suficiente. Más que suficiente. Y no es ninguna ayuda, lo he asumido.

La moneda quedó inmóvil en los nudillos pálidos de Próspero.

—Entonces, ¿qué es lo que desea?

—Quiero... —vaciló el señor Ratón mientras sus antiguos pecados afloraban como cicatrices decoloradas y se volvían a abrir sangrando culpa y arrepentimiento— quiero el amor de alguien que ya no quiere saber nada de mí.

Próspero se rio entre dientes.

Al principio fue una risita, pero se tornó en una carcajada que al poco se fue apagando, y al final el único rastro de diversión que quedó fue su clásica sonrisa de embaucador.

—Ha pasado delante de una cabina telefónica en el pasillo. Allí reside el Libro Negro, una guía telefónica para cualquier anhelo y ambición que desee. Entre y busque a la Bruja del Amor —le indicó lanzándole la moneda.

El señor Ratón extendió las torpes manos para atraparla, pero la moneda se detuvo en medio del aire justo delante de su rostro. Se le encendieron las mejillas por la vergüenza mientras la cogía.

Unas ligerísimas vibraciones de magia le penetraron por la punta de los dedos, en el torrente sanguíneo, hasta los huesos.

Se sintió algo mareado y liberado al mismo tiempo al poseer la clave que resolvería sus problemas.

—Gracias, Próspero.

Hizo una reverencia con la cabeza mientras se levantaba, nutriéndose de la energía repentina que corría por sus venas. ¿Era esperanza lo que sentía?

La puerta se abrió de inmediato para él. Ya listo para marcharse, se quedó petrificado al oír la voz de Nisha.

—Tenga cuidado, señor Ratón —dijo—. El amor que usted busca relucirá como el oro para atraerle, pero no es más que un espejismo, y los espejismos siempre se desvanecen. Si es amor lo que desea, el amor y la lealtad de un familiar son incondicionales. —Cruzó los brazos sobre el respaldo del asiento—. Puedo invocar al perfecto para usted.

El anciano escudriñó la habitación buscando al de ella.

—Si tan leales son, ¿dónde está el suyo?

Una mueca traviesa se asomó a los labios de Nisha.

—Ah, por aquí anda.

Por un momento, el señor Ratón se planteó la oferta de tener un compañero mágico, pero su corazón no cedió. Negó con la cabeza y se giró para salir.

—Cuando uno ha hecho las cosas que yo he hecho y ha visto las cosas que yo he visto, se agradecen los espejismos. Una ilusión me dará un consuelo que no merezco.

Cuando salió del despacho y la puerta comenzó a cerrarse tras él, Próspero dijo:

—Siempre y cuando sea consciente de lo que es.

El señor Ratón era muy consciente de ello, y siempre lo sería.

Entró en la cabina telefónica. Allí le esperaba un libro grueso con cubiertas de cuero. Al levantar la cubierta, se sumergió en un mundo de anuncios y promesas caras que brillaban como estrellas en contraste con esas páginas negras. Lo examinó con afán en busca de alguna mención a la Bruja del Amor entre aquel desconcertante mar de oficios brujeriles que no comprendía.

Se encorvó sobre el libro monstruoso.

El sudor le perlaba la frente.

El corazón le palpitaba en la garganta agarrotada y dolorida.

—Aquí está —soltó de repente clavando el dedo en el anuncio bordeado de corazones palpitantes que ocupaba toda una página.

Lo había encontrado.

Con una mano temblorosa, se acercó el auricular al oído a la vez que introducía la moneda en una ranura y marcaba.

—¿Cómo ha conseguido este número? —La interlocutora pronunció esas palabras con un tono acusador que le hizo sentir culpable incluso antes de atreverse a abrir la boca.

—Lo he sacado del Libro Negro. Necesito su pericia.

—¿Qué «pericia» piensa que tengo?
Esa llamada era peligrosa. Ambos lo sabían.
—Amor —dijo el anciano.
Luego sufrió una pausa larga y dolorosa.
La interlocutora habló por fin.
—Le escucho.

CAPÍTULO UNO

Un empático negativo puede detectar, sentir y nutrirse de los estados de ánimo, las emociones y los temperamentos negativos. La negatividad de otros puede provocar que este empático experimente dolor o placer, y puede aumentar temporalmente la potencia mágica de los versados en ella.

—BRUJOPEDIA, ENCICLOPEDIA DE LA BRUJERÍA ONLINE

5 DE JUNIO DE 2023

A Venus Stoneheart no le hacía falta leerle la mente al señor Lionel para saber que no la soportaba. Todo lo que quería decirle y hacerle irradiaba con fuerza de su mirada feroz mientras cada uno se mantenía en su respectiva acera. El odio que sentía hacia ella se le extendía por la piel como un manto de alfileres.

—Buenos días, señor Lionel.

El hombre arrugó la nariz, asqueado, y lanzó un escupitajo en su dirección. El pegote salpicó el asfalto y brilló como una joya espantosa. Le había dado la bienvenida de la misma manera cuando se mudó, hacía tres semanas. Aquel primer intento de escupitajo se le escurrió por la barbilla y, al verlo, ella tuvo que morderse el carrillo con tanta fuerza para contener la risa que hasta sangró.

Desde entonces, cada mañana se enzarzaban en ese extraño ritual.

Venus creía que era gratificante ayudarle a mejorar en algo. También había apostado con su tío y su hermana pequeña que conseguiría que el escupitajo del anciano llegase hasta el bache-cito que había a unos ochenta centímetros de su bordillo. Ese día se había quedado a unos treinta.

Se abstuvo de felicitarle por la mejora mientras el hombre enderezaba el cartel torcido de la Guardia de Hierro de su jardín delantero.

Un símbolo del odio a los brujos.

En Deanwood, un enclave de brujos al noreste de Washington D. C., había bastantes casas vacías. Varias las abandonaron los brujos que huyeron a California o Canadá en busca de seguridad. A algunas familias las habían echado los bancos o sus caseros. Ese era el caso de la familia que había vivido en la casa que ahora pertenecía al señor Lionel. Al igual que muchos de los gentrificadores, seguramente pensó que su presencia en el barrio ayudaría a «limpiarlo».

Pero Deanwood no necesitaba una limpieza. No estaba sucio.

Cuando ella le lanzó un beso, notó en la piel su odio más intenso todavía: los pinchazos se convirtieron en puñaladas.

Dentro del bolsillo de la bata, Venus apretó el puño por el dolor.

Algunos empáticos podían sentir todo lo que sentían los demás. Otros solo percibían atisbos de felicidad o la turbación más profunda. En su caso, el universo se la jugó al convertirla en un imán para las emociones negativas. Un faro para que la rabia, el miedo, el odio y cosas peores encontraran el camino para salir de la oscuridad.

Cuando ya se hubo hartado, el señor Lionel volvió al porche arrastrando los pies con el periódico bajo el brazo y cerró de un portazo la puerta con barrotes de hierro.

El hierro, enemigo natural de los brujos, lo mantenía a salvo.

Venus se relajó cuando se cortó el vínculo entre ellos.

—Buenos días a usted también —masculló, girando sobre sus zapatillas de conejito para volver adentro.

Su primo Tyrell roncaba fuerte en el sofá del salón, tumbado bocarriba y con la cabeza colgando del borde del almohadón.

Venus fue a la cocina y se sentó a la mesa en su sitio habitual. Su tío entró medio dormido justo después; llevaba una camiseta de tirantes de canalé, unos pantalones cortos de baloncesto y una bata de satén. Con cada paso que daba, sus pantuflas golpeteaban el suelo de baldosas. De vez en cuando, se quedaba a dormir ahí después de un turno de noche, poniendo el cansancio como excusa para no conducir hasta Anacostia, a ocho kilómetros al sur.

Aunque no quisiera reconocerlo, el auténtico motivo era que se sentía solo.

—Hola, tío Bram —le saludó mientras este sacaba el periódico del envoltorio de plástico.

Su tío le devolvió una sonrisa cansada.

—Buenos días, Rosita.

Venus puso los ojos en blanco por el mote, en referencia al color rosa algodón de azúcar de su tinte de pelo.

En la cafetera les esperaba un buen montón de café. A instancias del tío Bram, unas manos invisibles sirvieron dos tazas y las llevaron a la mesa. Él fue detrás y le echó a la suya un chorrito de su fiel petaca.

Venus examinó las hojas relucientes de cupones y ofertas del supermercado buscando, como siempre, lo que necesitaba para su negocio principal. Mientras tanto, su taza, de color morado pastel, llegó hasta ella.

El tío Bram asintió en muestra de gratitud cuando Venus le ofreció las páginas del periódico que no le servían. Se instaló entre ellos un silencio cómodo que se vio interrumpido por uno de los ronquidos gorgoteantes de Tyrell. El tío Bram ya se llevaba la taza a los labios, pero se detuvo al escucharlo y levantó una ceja en dirección a Venus.

—¿Otra vez?

Otra vez, sí, porque cada vez que se peleaba con su madre, Tyrell decidía apropiarse del sofá durante unos días.

—Ajá —respondió ella encogiéndose de hombros.

Cuando el tío Bram dio el primer sorbo al café, los ojos se le salieron de las órbitas y le dio un ataque de tos.

—Oye, ¿estás bien? —dijo Venus con preocupación.

Empezó a parpadear para ahuyentar las lágrimas mientras soltaba una risita jadeante.

—Sí, café del bueno. Espabila cosa mala.

—Pues parece que te esté destrozando por dentro. —Venus frunció el ceño, escéptica.

Janus, su hermana pequeña, entró arrastrándose por la puerta trasera; parecía una mezcla entre un mapache atropellado y la personificación de la resaca. Tenía la melena *ombré* de rizos grises toda encrespada y hecha un desastre, se le había corrido la máscara de pestañas y el holgado *crop top* azul que llevaba tenía manchas sospechosas.

Venus cerró los ojos un instante y la embargó el alivio. Luego le dio un sorbo al café.

—Me alegro de ver que no la palmaste anoche.

Traducción: «Gracias por no responder a ninguno de mis mensajes, so cabrona».

—Aún no me ha llegado la hora —dijo Janus con voz áspera.

Le quitó a Venus la taza de las manos y bebió de ella con descaro.

—Vaya, gracias por el café, Vee. No hay de qué, Jay —dijo Venus, fingiendo enfado para disimular que la situación le divertía.

—Te daré las gracias cuando me lo acabe —replicó Janus como si tal cosa mientras se dejaba caer en su silla y apoyaba las Converse con purpurina sobre la mesa.

El tío Bram le quitó los pies de ahí y Janus protestó.

Otro ronquido ruidoso atrajo la atención de la recién llegada.

—¿Otra vez? —preguntó, parpadeando.

—Otra vez —dijeron Venus y el tío Bram al unísono.

Entonces, su tío miró de reojo a Janus por encima del periódico.

—Como has vuelto de una pieza, he de suponer que el TRABA no hizo una redada en vuestra fiestecita.

TRABA, acrónimo de Técnicos de Resolución Antidisturbios para Brujos en Asamblea, era el nombre de una unidad policial de respuesta táctica con armas de hierro. La ley prohibía que los brujos celebraran reuniones y ocuparan establecimientos públicos en grupos de trece personas o más. Y para hacer cumplir dicha ley, el TRABA utilizaba tácticas brutales para reducir a los brujos o abatirlos.

A Venus ya no le apetecía ir a fiestas, porque, ya fuesen grandes o pequeñas, en aquel momento le parecían demasiado íntimas. Que hubiese tantos cuerpos y emociones en un lugar cerrado le causaba claustrofobia. Y una redada era el peor lugar para alguien como ella, y no solo por lo de tener que esquivar balas de hierro y evitar que la detuvieran. Eran caldos de cultivo para las emociones negativas, pues los brujos huían para salvar la vida y los TRABA las arrebataban.

Eso solo añadía más leña al fuego que ardía dentro de ella, un fuego que ansiaba ser un infierno. Y como se desatara el infierno, todos estarían bien jodidos.

—Sí, eso fue en otra fiesta. —Janus ocultó una sonrisa engreída bebiendo más café—. De todas formas, tampoco me importa mucho. Estoy casi segura de que me libraría sin despeinarme.

Tres años antes, apenas podía abrir un portal que la transportase a dos calles de distancia. Ahora ya podía ir a lugares que conociera dentro del radio de una ciudad e invocar un portal con la facilidad con la que se gira el pomo de una puerta.

El tío Bram frunció el ceño mientras bajaba el periódico.

—No te pongas chula, Jay. Un agente del TRABA puede apretar el gatillo en un segundo mientras tú intentas invocar un portal. Los dones no son a prueba de balas.

Todos los brujos poseían dos cosas: un derecho de nacimiento y un don.

El derecho de nacimiento era la magia innata que poseía cualquier brujo, pero los dones eran habilidades únicas que se despertaban al cumplir los trece años. Sin embargo, nadie sabía cuántos dones había en el mundo en realidad; algunos eran comunes o se heredaban, pero otros eran poco habituales. Cada uno tenía sus retos y sus límites, que solo se podían superar a base de tiempo o de suerte. El tío Bram podía romperle los huesos a alguien y levantar coches con su fuerza, así que era prudente y delicado en el contacto físico y usaba su magia para ocuparse de aquello que no podía tocar con las manos; también evitaba dar abrazos. Tyrell heredó la capacidad de metamorfosearse de su madre. Pero a él la transformación solo le ocasionaba dolor, así que prefería ser él mismo, aunque sus necesidades corporales requiriesen lo contrario.

En cuanto a Venus, la capacidad de sentir las emociones solo era la punta del iceberg de su don.

Janus frunció los labios.

—Soy mejor de lo que crees, tío Bee.

—No lo dudo, pero siempre habrá alguien mejor que tú en algo —respondió él—. En nuestro caso, los humanos que nos apuntan con pistolas de balas de hierro.

Janus le lanzó una miradita a Venus, como pidiéndole de manera silenciosa que la apoyase.

—El tío Bee tiene razón. El TRABA irrumpe en demasiadas fiestas últimamente. No te va a pasar nada por quedarte en casa hasta que las cosas se calmen.

Tras soltar su sermón, Venus notó cómo una sutil mueca de traición se asomaba al rostro de Janus. Le invadió una gran culpa que la obligó a centrar su atención en las páginas de cupones.

Janus soltó una risa de resentimiento mientras se incorporaba.

—Siento que no me den ningún miedo los humanos.

Venus levantó la mirada hacia el techo de la cocina frunciendo los labios como muestra del leve enfado que sentía. No

llevaba suficiente cafeína en sangre para abordar el tema, pero quiso dejar las cosas claras enseguida.

—A mí tampoco me dan miedo, Jay, pero sé de lo que son capaces.

—Si tan malos son los humanos, ¿por qué trabajas para ellos y aceptas su dinero, Venus? —Aunque parecía una pregunta, las palabras de su hermana sonaron más como una respuesta y una acusación a la vez.

—Pues para pagar las facturas. La luz, la comida y la ropa no caen del cielo. Sin dinero, no tendrías un hogar al que volver resacosa y hecha un desastre. —Venus fulminó a su hermana con una mirada de «atrévete a responderme».

El tío Bram articuló un «mierda».

En ese momento, la madre de ambas, Clarissa, entró en la cocina. Llevaba el pelo recogido en una coleta alta de la que caían sus microrrastas, largas y castañas, que le enmarcaban el rostro ovalado. Llevaba una camiseta roja y unos *mom jeans* perfectamente planchados. Las deportivas blancas que tenía desde hacía siete años parecían nuevas.

Ya estaba lista para empezar el día.

—Janus, ¿no deberías intentar recuperarte de tus escapadas nocturnas como es debido? —preguntó con tono sereno.

—Señora, sí, señora. —Janus hizo un saludo militar con dos dedos y se marchó llevándose con ella el café robado.

Venus sintió cómo un enfado ajeno (el de Janus) se reavivaba en su pecho. Su hermana invadió el salón, se sentó con las piernas cruzadas delante de la tele y puso el volumen excesivamente alto; un pequeño acto de rebeldía al que todos los demás hicieron caso omiso.

—Anoche llamó un posible cliente —dijo Clarissa mientras se servía una taza.

—¿Cómo consiguió nuestro número? —preguntó Venus.

—Se lo dio Próspero —respondió el tío Bram mientras pasaba la página del periódico con su magia.

Clarissa se sentó en su sitio, presidiendo la mesa.

—Eso quiere decir que le has visto —le preguntó a su hermano mayor en un tono teñido de cierta intriga.

—Vino al bar anoche buscando a Próspero. Nisha se divirtió un poquito con él antes —dijo el tío Bram sacudiendo la cabeza—. Insistió en que le llamáramos señor Ratón.

Venus contuvo la risa. Con un pseudónimo así, el tío pedía a gritos que le vacilaran.

—¿Y cómo le fue, tío Bee? —preguntó tras un carraspeo.

El tío Bram silbó y enarcó las cejas.

—Me sorprende que no se desmayara, pero me da que a Próspero le dio exactamente igual. Fijo que se gastará la comisión de diez mil dólares en esa ropa cara de narices que lleva siempre.

—A mí también me da igual —dijo Clarissa—. Los clientes como él son los mejores. Pagan lo que sea para conseguir lo que quieren. —Sonrió con satisfacción mientras apoyaba los codos en la mesa.

Venus no culpaba a su madre por buscarle el lado bueno a las cosas. El dinero hacía que fuese más fácil tragar con toda la mierda, pero llevar un negocio ilegal era arriesgado.

Y letal.

Antaño, Clarissa era la Bruja del Amor, pero su codicia le salió muy cara y la llevó a una jubilación anticipada. La familia lo estuvo pasando muy mal bastante tiempo, hasta que Venus fue lo bastante mayor para arrimar el hombro en el negocio.

Al fin y al cabo, las facturas no se pagaban solas.

Venus se afanó por convertirse en destiladora, una maestra en elaborar pócimas. La destilación tenía más riesgos que recompensas, lo que daba como resultado un trabajo casi mortal. Los cuentos y las películas de los humanos no mostraban cómo era la destilación de verdad. Echar varios ingredientes extraños en un caldero burbujeante y canturrear un hechizo no bastaba para elaborar una poción y *voilà*.

Destilar requería un precio.

Requería sufrir un dolor tan atroz que, si sobrevivías, deseabas haber muerto. El culpable de ese dolor se llamaba

grado de retroceso, el efecto secundario químico de una pócima.

La destilación era un arte mortífero, pero dedicarse a eso la ayudaba a mantener su don a raya.

Una voz ronca se coló en las profundidades de su mente.

«¿Estás pensando en mí, dulce niña?».

«Lárgate», susurró Venus en la oscuridad de su mente de una forma tan sumisa e insegura que se odió a sí misma de inmediato por ello.

—Venus Genevieve, ¿me estás escuchando? —Las palabras de su madre se abrieron paso entre sus pensamientos.

Venus parpadeó, sobresaltada por un instante. Se recuperó rápido, pero se serenó demasiado tarde. Aunque el tío Bram la observaba con preocupación, lo que ella temía era la mirada crítica de su madre, que siempre intentaba encontrar una fisura en su naturaleza; siempre buscaba un atisbo de debilidad, por minúsculo que fuera.

Clarissa sostenía con cuidado su taza de LA MEJOR MADRE DEL MUNDO repiqueteando una de sus cuidadas uñas sobre la porcelana.

—¿Te has tomado la poción de refuerzo esta mañana?

La pregunta quedó suspendida en el aire como un hedor rancio y Venus arrugó la nariz como si así fuera.

—Venus —dijo Clarisa arrastrando las sílabas como solo una madre decepcionada sabe—, me prometiste que serías más constante.

—Bueno, perdona si no es lo primero en lo que pienso antes del café. —Venus se masajeó las sienes; empezaba a dolerle la cabeza.

—Pues deberías. No podemos dejar nada al azar.

El enfado de su madre se fue deslizado poco a poco en su interior, serpenteando por sus extremidades y constriñéndola muy suavemente.

—Dudo mucho que se acabe el mundo si no me la tomo ahora mismo.

«¿Y tan malo sería que se acabase?». La voz le susurraba a ella y solo a ella.

«Cállate de una vez», le mandó Venus dentro de su cabeza, imprimiendo más fuerza y autoridad a su orden, lo cual la complació.

—Supongo que nunca lo sabremos, porque es justo lo que vas a hacer ahora.

Clarissa caminó hacia la nevera, abrió la puerta con soltura y sacó una caja de roble pulida con un cierre de hebilla dorado. Extrajo un vial de cristal cerrado con un corcho y lleno de un líquido del color de las moras aplastadas, mientras se quejaba por lo bajini sobre lo poco que quedaba.

Mientras Clarissa le pasaba el vial, el resentimiento bullía en el pecho de Venus.

«¿Qué se siente al saber que ni tu propia madre confía en nosotras?», se mofó la voz.

—¿Es que no te fías de... mí? —Estuvo a punto de decir «nosotras», así que se mordió fuerte la lengua como castigo.

—No me fío de Eso —respondió Clarissa sujetando el vial.

Qué nombre tan simplista y engañoso para su desviación.

Con «Eso» se refería a una magia parásita y sintiente que imponía su voluntad. Y, como su portadora, Venus era una desviada, un simple recipiente desde el que infectar y manipular. La mayoría de los brujos no podían doblegar a otros sin la ayuda de una poción, pero para los pocos desafortunados como Venus, persuadir, doblegar y destruir la voluntad de una presa era tan fácil como respirar.

Ser desviada significaba que tanto ella como Eso eran peligrosos e impredecibles. Sobre todo, cuando Eso hacía que otros quisieran hacerse daño entre ellos, o cosas aún peores.

Mucho mucho peores.

Su madre y el tío Bram la observaron con atención mientras se tomaba el vial, mirándola como si fuese un animal a punto de hacer algún truco.

«Qué patética. Sigue adelante, va. Demuéstrales a los dos lo buena chica que eres», se mofó Eso.

Venus descorchó el vial y se lo bebió rápido de un trago. La poción de refuerzo se deslizó por su garganta como si fuese leche cortada y le dejó un regusto horrible en la boca, una mezcla asquerosa de cítrico y cobre.

Tosió con fuerza y los ojos se le llenaron de lágrimas. Se le revolvió el estómago con una oleada de náuseas y se encorvó hacia delante abrazándose la tripa. El cuerpo le temblaba a medida que la poción penetraba en todos sus tejidos para reforzar la jaula que contenía a Eso.

Eso se calmó, pero aún lo sentía palpar como un segundo corazón. Constante e inquebrantable. Un recordatorio continuo de que Eso moriría con ella.

—Como iba diciendo, el señor Ratón concertará una recogida en el lugar habitual. Techie quedará con él antes como tu mediador —continuó Clarissa—. ¿Me estás escuchando?

Un zumbido horrible resonaba en los oídos de Venus. Apenas oía lo que decía su madre, sus palabras le llegaban amortiguadas pero comprensibles, como si tuviese la cabeza bajo el agua.

—Sí —consiguió decir con voz áspera.

—Ah, y se nos han acabado...

El tío Bram, ya harto, le gruñó:

—Rissa, cierra la boca un minuto, anda. Dale a la chica un momento para reponerse.

Clarissa exhaló con brusquedad.

—Estará bien. Los efectos desaparecerán dentro de dos minutos.

—No es eso. —Se levantó para ofrecerle a Venus su café para pasar el mal trago. No era un método eficaz para quitar el desagradable regusto de la magia que le impregnaba la garganta, pero agradecía el gesto.

—Gracias, tío Bee —dijo Venus con voz ronca mientras reunía valor para dar otro buen trago.

El tío Bram miró a su hermana pequeña y le pidió con firmeza:

—Quiero hablar contigo un momento.

Ambos salieron por la puerta trasera.

A Venus no le hizo falta salir para saber sobre qué estaban hablando. El amor de Clarissa era extraño y afilado. Nunca encajaba como debería, pero no tenía otro lugar al que ir. El tío Bram discutía con ella sobre eso, esperando que sus palabras rebajasen las de ella, pero nunca daba resultado. El amor de su madre no se iba a ir a ninguna parte. Lo llevaba demasiado incrustado en el ADN como para evolucionar ahora.

Cuando se le pasaron los efectos secundarios de la poción, Venus probó si tenía fuerza en las piernas y salió hacia el salón medio tambaleante. Janus estaba haciendo *zapping* y Tyrell roncaba que daba gusto.

Una hermosa presentadora afrolatina mayor miraba fijamente a cámara.

—... se cree que es la última víctima de una serie de asesinatos que asola Washington D. C. El número de brujos asesinados asciende ya a diez. Durante una rueda de prensa, el jefe de policía ha pedido paciencia a la comunidad bruja mientras la investigación esté en curso. Esto ha motivado la respuesta de Malik Jenkins, cofundador de Brujos Unidos por una Justicia Antiespecista.

Janus, que estaba arrellanada en su asiento, se irguió al oír el nombre de su padre. Descruzó las piernas y gateó para acercarse a la pantalla, ensimismada ante las declaraciones de Malik que estaba emitiendo el programa.

—... seguiremos luchando por la igualdad entre brujos y se...

«Seres humanos». Malik iba a decir seres humanos, pero el vídeo hizo una transición a otra declaración incompleta que encajaba igual de bien.

Venus puso los ojos en blanco y agarró con fuerza el reposabrazos almohadillado del sofá en busca de apoyo.

—... seguimos responsabilizando a las fuerzas de la ley por sus escasos esfuerzos en esta investigación mientras un asesino despiadado ataca a brujos inocentes. Pronto se hará justicia, parientes y aliados. Lucharemos para que así sea.

Janus parecía ingenuamente entusiasta ante esa promesa.

Entonces, la tele se apagó.

Detrás de ellos estaba su madre sujetando el otro mando.

—¿Qué os he dicho de ver esas tonterías?

Clarissa usaba a menudo «tonto» o «tontería» y el nombre de su exmarido de forma intercambiable, lo que siempre siempre siempre sacaba de quicio a Janus.

Venus se mordió el labio inferior con fuerza preparándose para el estallido.

—¡No son tonterías! —dijo Janus poniéndose en pie de un salto—. ¡Hay un asesino suelto atacando a brujos y a la policía le importa un bledo! BrUJA quiere cambiar la forma en que nos tratan los humanos. ¿Qué tiene eso de malo? ¿Cómo puedes echar por tierra algo que tú misma ayudaste a...?

Dos arrebatos de ira incendiaron las entrañas de Venus y chocaron entre sí. La pelea convirtió su cuerpo en un campo de batalla. El corazón le latía con fuerza y le hervía la sangre por la rabia.

—¡Ya basta, Janus! —le espetó Clarissa con tono agresivo y la mirada cargada de autoridad—. ¡Enfrentarse al sistema es como intentar luchar contra molinos de viento, siempre lo tendrás todo en contra!

Tyrell se despertó de un espasmo, muy confundido.

El instinto llevó a Venus a tambalearse hasta interponerse como escudo delante de su hermana.

Janus se encogió de miedo y su arrojo desapareció. La ira dio paso a un arranque de miedo, que se incrustó en Venus y se reflejó en su rostro.

El tío Bram levantó las manos en señal de derrota y miró a su hermana decepcionado antes de marcharse.

Clarissa se recompuso y señaló el pasillo.

—Creo que ya es hora de que te vayas a descansar a tu cuarto. Has tenido una noche muy larga. Tu hermana y yo tenemos que encargarnos del negocio.

—Aunque lo tenga todo en contra, no voy a rendirme —replicó Janus mientras salía de la habitación hecha un basilisco.

—Como te decía antes, no nos quedan teléfonos de prepago. Necesito que vayas rápido a la tienda a comprar más —le informó Clarissa con frialdad mientras echaba un vistazo a su reloj de muñeca, comprado con dinero manchado de sangre—. No te queda mucho tiempo, así que te sugiero que te des prisa.

Venus apretó los dientes mientras miraba cómo su madre volvía a la cocina.

—¿Qué narices está pasando? —preguntó Tyrell frotándose los ojos para espabilarse.

—Da igual —dijo Venus—. Ya se ha acabado.

CAPÍTULO DOS

Brystle no es solo una aplicación de viajes compartidos para brujos. Su existencia es una protesta contra la Ley de los 12 Máximo. Ofrecemos una alternativa segura y asequible al transporte público. Como la mayor empresa de propiedad brujeril del país, pagamos a nuestros conductores unos sueldos justos y nos comprometemos al 100 % con su seguridad. El movimiento es progreso. Ese es nuestro lema. Súmate a nuestro viaje.

—KHALIL ROBINSON, DIRECTOR EJECUTIVO DE BRYSTLE
AUDIO EXTRAÍDO DE UN ANUNCIO DE 2019

Para sobrevivir al mundo exterior, Venus tenía que pasar desapercibida.
Ser poco memorable, vaya.

Con la mirada fija en el espejo de su tocador, se arregló el flequillo despuntado de la peluca castaña. Siempre en busca de la perfección, esperaba que nadie se percatara, porque si la descubrían acabaría como su padre.

Muerta.

Las fotos de su infancia bordeaban el marco del espejo. Se quedó mirando aquella en la que estaba con su padre; tenía un año y estaba sentada sobre sus hombros. Él sonreía enseñando todos los dientes mientras ella se reía mostrando también los suyos. Venus no había heredado sus hoyuelos, pero sí sus ojos ámbar. En la foto, tanto su mirada como la de él irradiaban calidez. Una calidez que se había ido apagando con el paso de los años.

Su madre había hecho la foto pocos días antes de que mataran a su padre por infringir la ley.

La Ley de los 12 Máximo.

Para los brujos, Darius Knox era una leyenda, pero para Venus no era más que una moraleja de lo que ocurre cuando todo te importa más de lo que debería.

Su hermana entró serpenteando y se dejó caer con los brazos extendidos en la cama de unicornios. Janus respiró hondo y luego exhaló todo el aire.

—Perdón por haber sido una cabrona antes. Sé lo que haces por nosotras. Por la familia.

Venus cogió un peine para controlar los mechones rebeldes.

—Da igual. Tú has tenido una noche larga y yo no he tomado suficiente café. Cosas que pasan.

Era cuestión de tiempo que alguna ofreciera una ramita de olivo. No solían pasar mucho tiempo enfadadas.

—Y ahora que todo está perdonado —dijo Janus con una voz cantarina—, tienes que venirte a la fiesta de auroras el viernes.

Venus se puso tensa y luego destapó un pintalabios magenta.

—Creo que paso.

—Vamos, Vee. Será divertido. Ty también va —dijo su hermana medio gimoteando y juntando las manos en señal de súplica.

Venus y Tyrell, que habían nacido con solo unos días de diferencia, fueron inseparables desde pequeños, lo que había supuesto mucho caos, dolores de cabeza y, con el tiempo, resacas. En cuanto Janus pudo, empezó a seguirles como un patito. A su madre nunca le importó que fueran a fiestas, siempre que nunca fueran solas.

Venus tenía buenas razones para ser ahora una persona hogareña. Siempre tenía que estar alerta, y eso significaba no más alcohol para olvidar ni citas que recordar. Aunque no había perdido el interés por los chicos ni por las chicas, esa vida ya no le interesaba.

Por el bien de todos, no podía interesarle. Su hogar era su fortaleza y su refugio antiaéreo.

Jamás se lo perdonaría si le pasara algo a su hermana pequeña o a su primo mayor.

Nunca se lo perdonaría a Eso. Claro que Eso no ansiaba ni su perdón ni su aceptación; Eso ansiaba algo mucho peor.

Venus apretó los ojos con fuerza, aferrándose al tubito plateado.

«Deja de darle vueltas», se insistió internamente.

—Solo dime que te lo pensarás, porfa. Cinco días es tiempo suficiente para cambiar de opinión. —Las palabras de Janus la sacaron de su propia mente; su reflejo angustiado la saludaba.

Se había pasado con el pintalabios y se había manchado de magenta el *piercing* de plata de la nariz. Borró el error con un pañuelo.

—Me lo pensaré —prometió Venus—, pero no te hagas ilusiones.

Janus dio un gritito de emoción y empezó a corretear por el dormitorio agitando los brazos. Todo un ejemplo de hacerse ilusiones, vaya.

—No he dicho que sí.

Venus arrugó el pañuelo. Lo lanzó a una papelería con joyitas incrustadas que tenía a los pies, pero no encestó. Tuvo que contenerse para no resolver el asunto con una pizca de magia. Le dio una patadita a la bola de papel, que acabó debajo del tocador. Ojos que no ven, corazón que no siente.

Como destiladora, se regía por un código. Una regla requería que hiciera un voto de abnegación para conservar la magia; una vieja tradición para mejorar las probabilidades de sobrevivir al grado de retroceso de una poción. De este modo, taponaba la magia que no empleaba para destilar, aunque no era inmune a fugas o fisuras. El voto no frenaba los sueños premonitorios ni evitaba que la invadieran estados de ánimo negativos.

A veces, la magia se filtraba o se derramaba. Mientras Venus trataba de sellar las grietas con pociones de refuerzo para que no

se le escapara la desviación, las emociones negativas de los demás la perseguían.

Como la magia daba y también quitaba, la balanza solía estar desequilibrada. Con la magia no había una solución en la que todos salieran ganando. En cuanto se ganaba un poco, se perdía mucho más.

—No has dicho que sí *aún*, pero ya lo dirás —repuso Janus con tanta naturalidad que Venus se preguntó si le había echado un vistazo al futuro.

Se volvió a pintar los labios, que luego difuminó un poco con el dedo.

—Si ya sabes que iré, ¿por qué te molestas en preguntar?

—Quería ser educada.

—Pues lo estás haciendo como el culo —bromeó Venus, poniendo cara de fastidio.

—Aun así, debería contar. Además... —su hermana se apoyó en los codos, pestañeando de forma melodramática—, ¿cómo puedes decirle que no a una carita como esta?

Venus soltó una risotada.

—Es más fácil de lo que crees.

—Pero no lo harás, porque me quieres. —La palabra salió de la boca de su hermana como una dulce canción.

—Depende del día.

Una almohada rosa salió volando y golpeó a Venus en la espalda.

Las dos se echaron a reír a carcajada limpia; carcajadas que, al final, se redujeron a risitas entre dientes.

Esos momentos se vivían de prestado. En la casa Stoneheart, el tiempo era dinero, y su madre era quien llevaba la cuenta.

—¿Te acuerdas cuando éramos pequeñas e imaginábamos que vivíamos en una cabaña en el bosque? —preguntó Janus con voz suave, apoyándose en una montaña de cojines de color pastel.

—Pues claro —dijo Venus.

Pensaba con frecuencia en su infancia, una época donde Eso aún no existía.

En su diminuto jardín trasero había una casa de muñecas amarilla y sucia: un monumento histórico de su juventud. El tío Bram la había construido él mismo como regalo de bienvenida. En esa época, jugaban a ser hermanas hechiceras que vivían felizmente en una cabaña mágica, para sentirse vivas.

Ahora, sentirse vivas significaba hacer todo tipo de mierdas ilegales que podrían matarlas.

—Quiero eso, Vee. —Janus hundió la mejilla en un pingüino de peluche—. Quiero escapar y vivir en una cabaña en las profundidades del bosque. Solas tú y yo. Como salvajes.

Venus sacó unas gafas de sol del tocador y se las puso. Su mente se colmó de ensoñaciones de ellas dos bailando como posesas junto a animales salvajes alrededor de fogatas encendidas, recolectando jugosas bayas y tirándose al agua desde las cascadas.

—Como salvajes —convino ella, paladeando el sabor de la promesa en la lengua.



D. C. tenía dos caras, igual que una moneda: una ilusión y la verdad.

La ilusión era lo que mejor conocía el mundo. Los monumentos blancos y nítidos en honor a la esperanza y a supuestos héroes se alzaban imponentes. Los museos veneraban las victorias y los errores humanos. En el centro abundaban grandes hoteles, tiendas de lujo y locales de moda donde los ricos reinaban, los turistas deambulaban y los pobres jamás descansaban.

En el campo de batalla del Capitol Hill, las mentiras y las promesas eran armas preciadas. Y la Casa Blanca no era más que una envenenada cápsula del tiempo de los viejos sueños americanos.

Y luego estaba la verdad: barrios que vivían a la sombra de la ilusión. Allí habitaban los soñadores y aquellos a quienes ya nada les importaba. El refugio de los marginados, los triunfadores no convencionales, los olvidados y los oprimidos. Esas calles eran su hogar.

Venus condujo unas manzanas más y aparcó en el colmado de la esquina donde su tía trabajaba como cajera. Los descoloridos carteles publicitarios de marcas de licores, cigarrillos y caramelos cubrían las sucias ventanas como una colcha de papel. Unas barras negras protegían el colmado, pero el metal no era hierro.

Sobre la puerta, una campanilla plateada tintineó al entrar. No había nadie en la caja registradora ni en la ventanita del mostrador. Venus cogió dos teléfonos de prepago de entre los escaparates de medicamentos para bebés y condones.

El señor Davids, el farmacéutico titular, volvió a su puesto.

La tía Keisha invadió el pasillo en el que se encontraba Venus.

—Veo que ya te estás metiendo en líos...

Chasquéo la lengua mirándola. Le brillaban el *piercing* verde de la nariz y los aros dorados de las trencitas africanas. Una luz juguetona se reflejaba también en sus ojos ambarinos, calcada a esa chispa que siempre aparecía en las fotos de su hermano gemelo, Darius.

Al oler tabaco, fue consciente de lo estresada que estaba su tía. La siguió.

—Yo soy el lío.

—Está claro que te viene de familia —dijo la tía Keisha, con una sonrisa triste y los hoyuelos apenas marcados, mientras pasaba los artículos por caja y los ponía en una fina bolsa de plástico.

A veces, a Venus le gustaba examinar el rostro de su tía y enumerar los rasgos que compartía con su padre. Como si así pudiera entenderlo mejor.

—¿Dónde está el macarra de mi hijo?

La pregunta pilló a Venus por sorpresa y la trajo de vuelta a la realidad.

—Descansando que da gusto en nuestro sofá —respondió mientras pagaba en efectivo.

Oírlo relajó a la tía Keisha.

—Dile que tener dieciocho no significa que sea demasiado mayor para devolver las llamadas de su madre. A ti te escucha.

«Porque yo no le grito», quiso responder Venus. En cambio, dijo:

—Debe de ser por mi personalidad arrebatadora.

—Dime que se lo dirás. —Su tía le tendió la bolsa—. Sé que cambiar de forma es doloroso para él, pero negarse a practicar es contraproducente.

—Hablaré con él —prometió Venus.



Abrió el embalaje de plástico con dificultad y guardó el número de cada teléfono en la lista de contactos del otro.

Ser conductora de Brystle era la tapadera perfecta para llevar el negocio. Sin invitaciones abiertas a testigos o problemas.

Condujo hasta Columbia Heights, un barrio de la parte noroeste de la ciudad. Antaño era un próspero hogar para brujos, pero la gentrificación había expulsado a todo el mundo. Todo lo que había sido propiedad de brujos ahora era «respetuoso con los brujos». Eso enviaba un mensaje muy claro a la comunidad bruja: podían visitar el lugar, pero no podían quedarse.

Venus aparcó fuera de la Guarida, una joya secreta en aquel rincón del mundo.

De la ventana colgaba un marcador digital que llevaba la cuenta de los brujos que había dentro. A simple vista, no se podía diferenciar a humanos de brujos, pero la sangre de los brujos era más caliente: estaba a cuarenta y dos grados centígrados, un hecho biológico que los humanos aprovecharon para desarrollar los sensores de calor que imponían las autoridades.

Venus usaba la cafetería como ubicación neutral para recoger a posibles clientes.

Su madre había formado una alianza con Techie, un humano que antes era portero de discoteca y ahora era barista mientras se sacaba una carrera tecnológica. A cambio de una

parte de los beneficios, hacía cacheos y confiscaba móviles para utilizarlos como moneda de cambio.

La Red Operativa contra la Brujería Oscura, el departamento matriz del TRABA, se había vuelto cada vez más ingeniosa a la hora de desarticular operaciones brujas ilegales, enviando agentes encubiertos con móviles *hackeados*.

—Justo a tiempo —dijo Venus cuando apareció un pin morado en el mapa de su aplicación de Brystle.

La luz de la interfaz de Brystle se encendió al aceptar la carrera.

Un hombre mayor con gafas salió de la cafetería a trompicones. Se subió al coche con la cara rubicunda y tosiendo en un pañuelo. Techie miraba desde el garito con una sonrisita.

—Tu amigo tiene una actitud muy grosera y las manos muy ásperas —dijo el señor Ratón casi sin aliento, mientras se metía el pañuelo en el bolsillo—. ¡Y encima me ha requisado el móvil!

—Le recordaré que se ponga crema hidratante a la próxima —dijo Venus, mirando al hombre por el retrovisor.

El tipo torció el gesto; no le gustaba su humor. Luego le devolvió la mirada. El enfado se desvaneció y dio paso a la incredulidad.

—Pero si no eres más que una cría.

—Soy lo bastante mayor para votar y conducir —replicó Venus.

Y para alistarse en el ejército, si fuera humana. Había cumplido dieciocho hacía cuatro días y había acabado el instituto poco antes.

El señor Ratón frunció el ceño y se ajustó las gafas.

—Pues eso, una cría. ¿Es así como lleva el negocio la Bruja del Amor? ¿Con inspecciones corporales a lo bruto en los baños de una cafetería y conductoras adolescentes para llevar a los clientes?

Venus se incorporó a la circulación.

—Yo soy la Bruja del Amor, señor Ratón.

—No eres la mujer con quien hablé anoche. —Su desconfianza crecía con cada palabra que salía de sus labios.

—¿La mujer con la que habló ayer le dijo que era la Bruja del Amor?

Un pensamiento silencioso se asomó a su rostro y se calmó, bajando la mirada ante la derrota.

—No.

—Me disculpo por el malentendido, señor Ratón —dijo Venus—. Es una especie de secretaria. Atiende todas mis llamadas y programa mis citas.

La verdad parecía una auténtica mentira.

Clarissa Stoneheart no era la secretaria de nadie. Era la jefa.

—Eso no quita que seas una cría —repuso el hombre sacudiendo la cabeza.

—No confunda mi edad con inexperiencia, señor Ratón. Solo hay un puñado de brujos en D. C. Sí, son más viejos y experimentados, pero se han dedicado a otras disciplinas.

El señor Ratón habló con impaciencia:

—¿Y qué diferencia hay? Un destilador tendría que poder elaborar cualquier poción si le dan la receta y los ingredientes adecuados.

Un destilador no podía dominar nunca todas las pociones, solo una disciplina. La salud, la argucia, los poderes y la suerte eran de las pocas disciplinas conocidas dentro de la lista interminable de posibilidades a las que podía consagrarse un destilador. Pero adentrarse en otra disciplina significaba romper un juramento, y romper ese juramento significaba renunciar a toda la magia.

Su madre había tomado esa decisión, pero, a veces, Venus se preguntaba cómo sería su vida si su madre no hubiera roto su juramento por dinero.

La disciplina de un destilador era una decisión calculada, basada a menudo en la tradición. Venus venía de un linaje de brujos del amor. Su madre, una instructora exigente, le había enseñado las lecciones que otros Stoneheart habían aprendido antes de ella.

—Un pediatra y un neurocirujano estudian medicina antes de elegir su campo respectivo, pero no le pediría a un pediatra

que le haga una cirugía cerebral, ¿verdad? —preguntó, acostumbrada a la falta de fe de la gente en su talento—. Aprendí de una de las mejores destiladoras del mundo.

No era una mentira para tranquilizar al hombre.

El señor Ratón bufó.

—¿Y por qué no lo hace ella?

Apretó el volante con fuerza y frunció los labios, molesta.

—¿Sabe cuál es el castigo por poseer una poción con intención de distribuirla, señor Ratón? Cinco años. ¿Y sabe cuál es la pena por darle una poción a alguien, lo sepa o no dicha persona? Diez años. A los destiladores les caen de quince años a cadena perpetua por fabricar y vender. —Se pasó las trenzas de la peluca por el hombro para lanzarle una sonrisa amarga—. Mire, da igual quién elabore su poción, señor Ratón. Como nos descubran, los dos iremos a la cárcel.

No. Si ella creyera que por un solo instante aquel hombre podía poner en peligro su anonimato y su libertad, su prisión sería una mesa fría en la morgue, y su sentencia, la cortesía de una bala.

El anciano palideció y le tembló la mandíbula. Venus se regodeó en lo pequeño e impotente que parecía en el asiento trasero.

—¿Lo entiende, señor? —preguntó, entrando en un túnel de lavado.

El hombre asintió nerviosamente y preguntó tartamudeando:

—¿P-por qué estamos aquí?

Seleccionó la opción de lavado integral ultrasupremo y metió un billete de diez dólares en la máquina.

—Este lavado dura siete minutos y medio. Tiempo suficiente para que me cuente qué necesita y decirle qué necesito yo. Ni más ni menos. Después, le llevaré de vuelta a la Guarida —explicó mientras colocaba bien el coche. Empezaron a moverse dentro del oscuro túnel y Venus dijo—: Cuénteme, señor Ratón.

—Necesito una poción de amor —respondió él, con voz nerviosa y apresurada, como si oyera el tictac de una cuenta atrás.

—¿Para quién?

—Para alguien que ya no quiere saber nada de mí.

—Tendrá que concretar algo más, señor Ratón. —Venus se miró las uñas de color mandarina, pensando de qué color pintárselas la próxima vez.

—Mi hijo —soltó a bote pronto—. Me odia por lo que he hecho. Dios, hasta yo me odio. Era contable y tuve problemas de juego. Se me acumularon las deudas y los prestamistas querían su dinero, pero lo había perdido todo. Así que hui. Abandoné a mi esposa y a mi hijo de nueve años como un cobarde. Tardé años en construir una vida en otro lado, pero conseguí dinero de manera honesta y tomé mejores decisiones. Llevo años tratando de retomar el contacto y la relación con él, pero se niega. Quiero su perdón. Mientras pueda, quiero ser el padre que tendría que haber sido.

Venus analizó su triste historia y extrajo la única información valiosa que necesitaba.

—Entonces necesita *storgé*.

El señor Ratón parpadeó arrugando el ceño.

—¿Qué?

—El amor funciona en un espectro de ocho tipos. *Storgé* significa «amor familiar», y puedo elaborar una poción para eso —garantizó.

Una poción de *eros* inducía a la lujuria. Una de *ludus* fomentaba el amor sin compromisos, que era ideal para una aventura sin ataduras y para rollos de una noche. Las pociones de *agape* eran muy populares para aquellos cónyuges en un matrimonio fallido. Las de *mania* convertían al culpable en el objeto de la obsesión de quien las bebiera. Una poción *philia* restauraba una amistad. A veces, tenía clientes que querían pociones de *philautia* para aprender a amarse a sí mismos otra vez. Sin embargo, el producto que más le solicitaban eran las

pociones de *peitho*, que incitaban a su consumidor o bebedor a amar una idea.

Aunque Venus tenía los conocimientos y la habilidad para elaborar todo tipo de amores, su madre le enseñó cuáles podían traerle problemas y cuáles no.

El señor Ratón preguntó con demasiado entusiasmo:

—¿Cuánto costaría una poción de *storgé*?

—Depende de lo fuerte que quiere que sea. El número de notas de una poción determina la fuerza y la fecha de caducidad. Cuantas más notas, más dura; pero muy pocas pociones duran toda la vida, y en el caso de la disciplina del amor, ninguna.

«Y cuantas más notas, más demoledor es el grado de retroceso», pensó, pero se abstuvo de comentarlo. A la mayoría de los clientes les importaba una mierda el sufrimiento del destilador.

—Las pociones de nota singular cuestan diez mil, las de notas binarias cuestan veinte mil, y las de notas ternarias cuestan cincuenta mil —le informó.

El señor Ratón se quedó boquiabierto.

—¿Cincuenta mil dólares por una poción?

—Cincuenta mil es un precio razonable —dijo Venus, encogiéndose de hombros.

El hombre levantó las manos.

—¡Qué generosa!

—Se acaba el tiempo, señor Ratón —dijo mientras el coche avanzaba por el frenético túnel, ya cerca de la luz del final.

—De acuerdo, compraré la pociones de notas binarias —se apresuró a decir.

Una oleada de satisfacción invadió las venas de la chica, pero se mantuvo estoica.

—¿Tiene veinte mil?

—¿Tengo otra opción? —musitó el anciano.

Venus hizo una mueca ante la actitud del hombre. Menuda rata insolente...

Le entregó el teléfono desechable y el cargador. Cuando la sesión de lavado llegó a su fin, le dijo:

—Tiene cinco días para traerme el dinero. He tenido la amabilidad de ponerle una alarma. También hay una en mi teléfono. Si no se pone en contacto conmigo antes de que salte la alarma, todo lo que hemos hablado en este coche se considerará nulo y sin efecto. Me desharé de este móvil y no tendrá forma de contactar conmigo. Tampoco se moleste en acudir arrastrándose a Próspero. No le ayudará. Sin embargo, si consigue el dinero, envíeme un mensaje con la palabra «listo» y nada más. ¿Entendido?

Cuando se activó el secador del túnel de lavado, el señor Ratón exclamó:

—¡Sí, entendido!

El trayecto de vuelta a la Guarida fue silencioso, pero la palpable ansiedad del hombre bullía en el aire y vibraba contra la piel de Venus.

Deseoso de salir por patas, el señor Ratón asió la manilla de la puerta.

—Ah, y señor Ratón... —dijo ella, lo que hizo que el hombre se detuviera, nervioso—. No se lo reprocharé si no consigue reunir el dinero o decide no seguir adelante con esto —añadió, medio girada hacia él—. Pero tengo ciertos problemas de confianza, así que, para asegurarme de que no intenta ninguna tontería, como por ejemplo chivarse a la ROBO, mi amigo el camarero tiene un don para piratear teléfonos y encontrar todo tipo de información suculenta. No lo olvide.

El hombre se quedó paralizado y totalmente pálido. La miró con los ojos muy abiertos y aterrorizado, como si la estuviera viendo por primera vez.

—Su móvil le espera en la caja —dijo con una dulce sonrisa.

El señor Ratón tragó saliva con fuerza y salió escopeteado del coche hacia la Guarida.

Venus esbozó una sonrisa mientras se alejaba.

HAY MUCHAS FORMAS DE ELABORAR UNA POCIÓN DE AMOR, Y TODAS ELAS PUEDEN MATARTE.

En un país dividido entre humanos y brujos, Venus Stoneheart se dedica a destilar pociones de amor ilegales para mantener a su familia. Elaborarlas tiene peligrosos efectos secundarios, y si te descubren te enfrentas a una pena de cárcel... o a la muerte. Sin embargo, lo que más teme Venus es la magia oscura y sintiente que lleva dentro.

Su vida implosiona cuando una bala de hierro mata a su madre. Mantener a salvo a su hermana pequeña, la temeraria Janus, es ahora responsabilidad suya. La poderosa Gran Bruja, la despiadada líder de su aquelarre, ofrece a Venus la oportunidad de castigar al asesino de su madre, pero tendrá que pagar un precio muy alto por su venganza: destilar venenos para esclavizar a los políticos más influyentes de Washington D. C.

5500124

ISBN 978-84-19831-26-2



9 788419 831262



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADA

FANDOM BOOKS

www.fandombooks.es

